



Ilustración por Mónica Ridruejo

Fide: Reflexiones Sociedad Civil (VIII)

15 de abril de 2020

Reflexiones desde la sociedad civil.

Continua el confinamiento, continua la lucha contra la pandemia y aunque vamos superando los peores números conocemos cada vez más personas próximas que no lo han superado. Nos preguntamos si pudimos hacer algo más o mejor.

Esta es una reflexión que perdurará durante los próximos meses, años.

Entre tanto seguimos compartiendo reflexiones acerca de cómo podemos salir mejores de esta crisis, tanto individual como colectivamente. Esta es la única esperanza, que haya servido para esto.

Que no haya pasos atrás en ningún sentido, que no perdamos los mejores valores que hemos construido como sociedad.

Empezamos otra etapa dura, larga y en la que sabemos que tendremos que adaptarnos a algo distinto, nuevo, desconocido.

Espero que desde fide lo sigamos haciendo juntos y apoyándonos entre todos. Aún no se vislumbra del todo la salida del túnel. Estamos intentando dibujarla juntos.

Ánimo y seguimos en el camino.

Cristina Jiménez Savurido,
Presidente de Fide.
Madrid, 15/04/2020.-

Índice

1. Borrón y cuenta nueva 4

Pedro Merino Baylos 5

2. La Vida de los Otros 6

Hermenegildo Altozano, 7

3. Lecturas 8

Hermenegildo Altozano, 9

4. El tiempo lo dirá 10

Guillermina Yanguas Montero 11

5. “Sueñan los androides...” Y aún sueñan más los seres humanos 12

Miguel Ángel Recio Crespo 15

6. El coronavirus solo permite los abrazos del alma 16

José Manuel Otero Lastres 17

Borrón y cuenta nueva

Estos días de confinamiento muchos estamos dándole un vuelco a nuestra vida cotidiana, haciendo tareas que no solíamos hacer porque alguien se ocupaba de ellas por nosotros. En mi caso ese alguien no está y por ello debo emplearme a fondo. Unas son más gratas, como cocinar, no solo porque disfrutas elaborando el plato y luego saboreándolo, sino porque incluso puedes ser obsequiado con una ovación en tu casa si la cosa sale bien; otras no lo son tanto, como planchar, limpiar los baños y pasar la aspiradora, que ni te apetece hacer, ni nadie elogiará como es debido. Pero todas esas tareas, gusten o no, son necesarias, imprescindibles para tener la casa ordenada y limpia. También lo es poner en orden los armarios. Ahora es el momento. Cuando entras y sales de tu casa a ritmo de corneta no te ocupas de eso. Lo haces cuando tienes todo el tiempo del mundo, como ahora que estamos encerrados en nuestras casas. Así que a eso me he dedicado estos días. Como yo, supongo que muchos miles de españoles habrán tenido la misma idea. Y de repente te das cuenta de la cantidad de ropa que tenías acumulada que no necesitabas. Estaba ahí ocupando espacio sin ninguna utilidad. Algunas prendas incluso aún llevaban la etiqueta prendida. Mala cosa. Tengo un montón de ropa innecesaria que me ha costado dinero. Primera enseñanza: no necesito gastar tanto; puedo apañarme con mucho menos. Segunda enseñanza: debo desprenderme de lo que no me sirve.

El caso es que este asunto de la limpieza del hogar en tiempos de *coronacrisis* es un compartimento estanco en mi cabeza que ha saltado espontáneamente a otro que contiene la información sobre la crisis sanitaria y económica que estamos padeciendo. ¿Pero cómo es posible que se hayan superpuesto en mi cabeza estas dos cuestiones tan heterogéneas? Pensando, pensando, he llegado a la conclusión de que tienen un punto de conexión, que es el orden y la limpieza. Me explico. Imaginemos que nuestra casa es tan grande como el estado español y que está distribuida en un sinfín de habitaciones, tantas como presidentes, de gobierno y de comunidades autónomas, ministros, secretarios de estado, sus equivalentes de las comunidades autónomas, alcaldes, asesores gubernamentales, etc., etc. Me pongo a ver el panorama y observo con pasmo que en los armarios de esas habitaciones hay infinitamente más ropa inservible que en el armario de mi casa. Y mucho más me asombro al observar que algunas de las prendas de esas estancias son en realidad disfraces que visten vagos y ociosos que disimulan su holgazanería con palabrería que distrae nuestra atención, simulando la estrategia de los mosquitos que primero inyectan un anestésico y luego te chupan la sangre sin enterarte. En mi caso, lo que he hecho es sacar en bolsas toda esa ropa que no me vale y llevarla a un contenedor de ropa usada, para donarla y que se la pueda poner alguien que la necesite más que yo. Disfraces de ese tipo no encontré, pero si los tuviese los tiraría a la basura, porque si los donase podrían ser usados por otros malintencionados para el mismo perverso fin. Y me pregunto, quizás ingenuamente, ¿por qué no hacen lo mismo

en esa casa tan grande que es el estado español? Se ha hecho visible a los ojos de millones de españoles estos días que esa casa necesita orden y limpieza, de arriba abajo, de izquierda a derecha. No sé si me entienden. No es una cuestión de partidos políticos. Es una cuestión del sistema imperante.

No necesitamos que nos digan día tras día que nos hace falta una ropa que no nos vale de nada. O que pretendan engañarnos con ocurrentes disfraces. Un buen amigo mío llamaría a nuestros gobernantes y a sus voceros *carpet sellers*. Ya sabemos qué prendas son imprescindibles en los armarios de nuestro país. Las que salvan vidas en los hospitales, las que van acompañadas de ruido de sirenas, las que te dedican un saludo marcial en la calle, las del campo regado de sol y lluvia, las que te procuran tu alimento, las que te pones en tu casa para sobrellevar el confinamiento. Cuando pase la pandemia sería necesario aplicar la máxima de borrón y cuenta nueva. ¿O acaso queremos seguir acumulando ropa que no nos ponemos o que otros se pongan disfraces para distraernos? Esperemos que la fuerza esté de nuestro lado y no del lado de los farsantes.

Pedro Merino Baylos,

Socio de Baylos.

Madrid, 8/4/2020.-

La Vida de los Otros

En 2006 se estrenó la película "*La Vida de los Otros*" dirigida por el alemán Florian Henckel, que recrea el Berlín de 1984. El Ministerio para la Seguridad del Estado ("Stasi"), estructurado a partir de la NKVD, precursora del KGB soviético, controlaba la vida de los ciudadanos de la RDA por medio de cien mil agentes y una legión de informantes que algunos medios cifraban en quinientos mil. Un agente de la Stasi, que firma sus informes como HGW XX/7, recibe el encargo de vigilar a la pareja formada por un conocido escritor y una destacada actriz a la que pretende un poderoso *apparatchik*, el Ministro de Cultura de la RDA, que quiere apartarla del escritor.

Se decía que el KGB era brutal pero que la Stasi era "simplemente perfecta". Sin embargo, esa perfección no hubiera sido posible sin el apoyo de unos informantes que vigilaban en silencio y que podían habitar tras la sonrisa amable del vendedor, en la mirada dulce de una profesora de *kindergarten* o, incluso, sentarse a la misma mesa en una celebración familiar o cobijarse bajo las mismas sábanas en las frías noches de Pankow.

Tuve ocasión de conocer brevemente a Markus Wolf de paso por Madrid. Markus Wolf –*Misha*– era jefe del servicio de inteligencia exterior de la RDA. En su autobiografía, "El Hombre sin Rostro" cuenta que el éxito de la Stasi se basaba en gran medida en sus amplias redes de informantes. Los *Romeos* de la RDA fueron eficaces a la hora de seducir a las secretarias de máximos dirigentes de la RFA y algunos curas, que no lo eran, llegaron a oír en confesión a otros próceres atribulados. Markus Wolf abjuraba de la tortura porque –decía– el torturado tiene una irresistible inclinación a contar lo que cree que el torturador quiere escuchar y a firmar confesiones prefabricadas sin anclaje alguno en la verdad.

En las sociedades autoritarias –recuerda Geraldine Schwarz en *Los Amnésicos*– hay muchas maneras de adaptarse, desde el silencio hasta el servilismo. Y aunque la colaboración con los instrumentos de represión era en algunos casos más o menos obligada (un ascenso, las fotos furtivas de un encuentro sexual también furtivo o, como le ocurre a la actriz Christa Maria Sieland en *La Vida de los Otros*, unas medicinas para la madre) en muchos otros casos esa colaboración, que llega a la conversión de un ciudadano de apariencia normal en un delator, no estaba exenta de entusiasmo.

Hay quien en estos días de confinamiento habla ya de "la Gestapo de los balcones". Un ejército voluntario que se apostea tras las ventanas se agazapa en los cierros, se asoma a los balcones para señalar con el dedo al caminante transgresor y retirar certificados ideales de buena ciudadanía. En estos días las ventanas de las casas de España se antojan "ventanas indiscretas" con un James Stewart prostrado dispuesto a escudriñar la vida de los otros.

No me cuesta trabajo imaginar que un estado totalitario que se asentara en España contaría con un número suficiente de informantes voluntarios. Todo estado tiende al autoritarismo y con un empujón en forma de crisis grave o de amenaza externa puede llegar a iniciar un descenso vertiginoso por la peligrosa pendiente del totalitarismo. Por eso son necesarios los pesos y contrapesos y por eso mismo, también, las medidas excepcionales –alarma, excepción y sitio- están constitucionalmente acotadas en el tiempo.

El aparato del estado sabe muy bien que siempre podrá contar con delatores espontáneos bien dispuestos a complacer al que manda. La denuncia anónima –esa moda miserable del "*whistleblowing*"- que ampara envidias y alimenta bajas pasiones está –como ha estado siempre- a la vuelta de la esquina.

7

Hermenegildo Altozano,
Socio responsable del área de energía y recursos naturales de Bird&Bird.
Madrid, 8/4/2020.-

Lecturas

Si llegaran a cumplirse las previsiones biológicas que muestran los cálculos actuariales puede ser que me queden años de vida para leer dos mil o tres mil libros. El número final -libro arriba, libro abajo- dependerá de circunstancias que impriman un ritmo distinto a la lectura. Puede ocurrir que la presbicia se agudice y que tenga que reclamar la ayuda de un lazarillo lector. Puede pasar también que me abandonen las ganas o las fuerzas o que cualquier otro infortunio sobrevenido aleje la lectura de mí o que una circunstancia extraordinaria como el coronavirus nos altere las rutinas y nos sitúe en espacios temporales desconocidos. No debo excluir sin embargo que los últimos años – la hora undécima- me regalen otras mañanas amplias y tardes extendidas que ocupen las letras. Si Dios –porque, créeme, Dios existe- me regala una prórroga en esta vida será posible detraer otros pocos cientos a la lista de libros pendientes.

Debo por tanto ser cuidadoso y escoger bien no sólo las lecturas sino, sobre todo, las relecturas sin desdeñar la idea de que el libro que tengo entre las manos es el último de la lista. Supongo que las listas no convienen a los que pasamos la vida en un casi permanente estado de procrastinación. Porque cada día tiene su afán.

Los libros. Cuando todo esto pase las librerías –las pocas que van quedando- debieran transformarse en un espacio de encuentro. Disponer de un lugar donde sentarse y tomar un café. Donde conversar con otros lectores. Con la librera o con el librero. Donde asomarse a los prólogos. Donde descubrir nuevos autores.

El librero o la librera deben ser cultos o cuando menos intelectualmente inquietos. Invasores del espacio que nos pertenece. Deben interrumpir nuestra selección. Guiarnos con esa coacción sutil que apenas se deja sentir. Dejar que nos salgamos con la suya.

Cada vez que he entrado en una librería lo he hecho con la reverencia, con el respeto de quien visita la casa natal de un maestro. Aunque las visitas suelen carecer de otro propósito que una curiosidad impertinente no es infrecuente que regrese a la calle con algunos libros -los que he seleccionado, los que han escogido para mí- que se amontonarán sobre otros libros que esperan turno.

Pero no hay turno establecido porque si bien es verdad que en ocasiones he tratado de imponerme la disciplina de no abrir un libro hasta terminar la lectura del vigente, ocurre que esa inclinación a dejar todo para después y la curiosidad impertinente terminan por imponer el canon propio. Varias lecturas a un tiempo, aunque tenga que pagar el precio de equivocar los personajes, cruzar los argumentos, malversar los títulos.

Sí, soy capaz de imaginar una manera peor de pasar un confinamiento. Si alguien quisiera causarme un daño profundo debería privarme de la lectura. A Víctor Jara le

cortaron las manos los salvajes que lo torturaron para que no pudiera hacer sonar el piano. A Heberto Padilla, como a tantos otros, le obligaron a confesar contra sí mismo y de aquella confesión vergonzante surgió “La Mala Memoria”. ¿Qué daño puede hacer la escritura? ¿Qué daño puede hacer la lectura?

Sigo pensando que las voces son el mejor regalo. Cada libro encierra las voces de otros y las voces que esos otros toman prestadas de otros. Como las ondas cuando tiembla el agua. Muchas de las mejores lecturas las he descubierto porque hubo quien quiso que las descubriera. Un comentario. Una recomendación. Una voz. Un regalo. Algunos de esos libros –“La Guerra de Don Emmanuel”, es un ejemplo- me han devuelto al cruce de caminos.

Algún mañana estaremos de regreso. Aún no sé si se trata del viaje de ida o del viaje de vuelta. Si sé que llevaré conmigo más libros de los que seré capaz de leer. Pero me gustará sentir la piel rugosa del papel en el dorso de la mano, el olor de la tinta.

Te hablaré de mis lecturas. Me hablarás de las tuyas. En un recodo de la sierra de Guadarrama. O camino de los Pirineos, mientras preparamos la cena que nos tenemos prometida. O más tarde. Asomados al balcón de la noche. Con una copa de vino que alcanza apenas a detener los afectos. Con un libro entre las manos.

Hermenegildo Altozano,
Socio responsable del área de energía y recursos naturales de Bird&Bird.
Madrid, 10/4/2020.-

El tiempo lo dirá

La percepción del paso del tiempo es relativa. Hay épocas de nuestra vida, normalmente las más intensas, en las que los días pasan sin que apenas nos demos cuenta, sin que tengamos tiempo de asimilar y de valorar en su justa medida todo lo que nos ha pasado. En otras etapas, los días, incluso las horas, los minutos y los segundos transcurren lentamente. Tenemos tiempo de reflexionar pero no encontramos muchos motivos para hacerlo.

Durante el confinamiento que estamos viviendo provocado por el COVID19, la percepción del paso del tiempo depende mucho de cómo nos esté afectando. Los que estén padeciendo la terrible enfermedad o vean cómo sus familiares o personas cercanas la padecen, tendrán una imagen distorsionada del tiempo transcurrido desde que empezamos a tener noticias de la pandemia.

Los que tengan la suerte de no verse directamente afectados, tratarán de llenar sus vidas de rutinas. Intentarán que sus días en casa se parezcan lo máximo posible a los que estamos acostumbrados a vivir. Al tiempo dedicado a estar informados y a teletrabajar, se han añadido actividades de docencia escolar, culturales, domésticas, prácticas deportivas o culinarias. De esta forma, se busca que el tiempo pase más rápido y que pronto esta situación no sea más que un recuerdo.

A diario se escriben brillantes artículos científicos, de análisis político, económico o jurídico que, cada uno en su ámbito, nos ilustran sobre los motivos de esta crisis y las consecuencias que se derivarán de ella. También es habitual recibir información de visionarios que nos avisaban de que algo así nos iba a suceder. Incluso nos sorprende comprobar cómo filósofos, poetas y escritores del pasado nos daban consejos o enseñanzas que resultan hoy de plena actualidad.

Para asimilar todo lo que está pasando, necesitamos tiempo. Tiempo en el que reflexionar sobre lo vulnerables que somos; sobre lo que de verdad es imprescindible en la sociedad y en nuestras vidas; sobre cómo afrontar el sufrimiento propio y ajeno; y sobre cómo aportar algo para ayudar a sobrellevarlo. Necesitamos entender lo que ha ocurrido y prepararnos para lo que está por venir.

Tenemos asumido que, tras la pandemia, nada será igual, que ya no seremos los mismos, ni nos podremos volver a relacionar como lo hacíamos antes. Pero “antes” era hace tan solo unas semanas y “después” es un concepto incierto.

Cada día que pasa, es uno más, o uno menos. Depende de cómo nos planteemos este periodo de confinamiento, de cómo lo vivamos. Puede que este paréntesis en nuestras

vidas cotidianas tenga más importancia de la que se suele dar a la información que incluimos en nuestros escritos entre paréntesis. Puede que merezca un mayor protagonismo y que sea el comienzo de un nuevo capítulo del nuevo tiempo que nos ha tocado vivir. Puede... solo el tiempo lo dirá.

Guillermina Yanguas Montero,

Magistrada.

Doctora en Derecho.

Miembro del Consejo Académico de Fide.

Madrid, 11/4/2020.-

“Sueñan los andróides...” Y aún sueñan más los seres humanos

Durante este confinamiento es recomendable la lectura y releer libros magníficos por segunda o tercera vez, reflexionando así mejor desde sus páginas. Yo dedico parte de mi tiempo de encierro a releer dos libros: “Don Quijote de la Mancha” y “Sapiens” de Yuval Noah Harari, una breve historia de la humanidad.

Este libro destaca la existencia de una gran diferencia de comportamiento entre los seres humanos y los animales que se basa en la cooperación por una creencia común y que al ser llevada a amplios territorios por los hombres, les ha permitido dominar el mundo y vencer a sus enemigos.

En estos días, ha vuelto a ponerse en peligro la supervivencia del ser humano. Por encima de rivalidades políticas o formas de gestión de la pandemia, todas las sociedades se han puesto en alerta y ha existido unanimidad en la total dedicación a la emergencia sanitaria y en la creencia común de la importancia de la dignidad de las personas. Esta creencia supera el ámbito geográfico de las naciones y demuestra que es necesario cooperar en un mundo global para lograr el éxito frente al Covid-19.

Nuestro enemigo común hoy es un virus, mañana podría ser otro: un mal, inventado por el hombre o externo a él, podría ser una bacteria o unos alienígenas, e incluso podría ser un sentimiento exterminador innato o trasladado a máquinas inteligentes y algoritmos.

Nos corresponde de manera urgente encontrar un mito común que unifique a la humanidad frente a los nuevos enemigos porque éstos serán globales y la respuesta ante ellos también tiene que ser global.

Algunos plantean que la solución está en la religión o en el ecologismo. Sin embargo, hasta ahora no han sido suficientes ni sus líderes han sido suficientemente escuchados. Hay un sentimiento común que se ha puesto en marcha de forma natural durante estos días. Hemos visto muestras espontáneas de generosidad, bondad, amor y apego familiar... Existe una solidaridad en el ambiente que los gobernantes no son capaces de captar y transmitir.

Algunos siguen empeñados en hablar únicamente de la recuperación económica, pero eso no es suficiente porque el desarrollo no tiene sentido sin la subsistencia. Tenemos que elevar la vista porque la confianza en el estado del bienestar y la nación ha saltado por los aires con esta pandemia global y el futuro puede amenazar con situaciones aún más graves.

Cuando la subsistencia está en juego, no podemos limitarnos a confiar en el instinto de supervivencia porque llegaríamos demasiado tarde y, en la lucha por sobrevivir, el hombre puede volverse lobo contra el hombre, justificándose en la propia defensa y en la de los más próximos. Lo hemos visto estos días en algunas noticias de desabastecimiento por acumulación insolidaria o en la incautación de productos sanitarios por parte de gobiernos respecto de mercancías que no les pertenecen.

Es necesario encontrar una idea común que tenga una fuerza unificadora preventiva. La historia nos muestra que los hombres se unieron muchas veces para grandes empresas y para conseguir productos, tierras y poder, movidos entonces por la envidia, la codicia o el prestigio. Todas ellas son energías que apuntan hacia la exaltación del ego, en una carrera del hombre iniciada hace 30.000 años, en la que hasta ahora ha salido victorioso como especie, aunque haya tenido que realizar sacrificios por el camino. Pero eso ya no rige en el futuro porque todo lo que sucede tiene consecuencias globales, también el fracaso.

En realidad el mito común ha estado ya presente en la historia de la humanidad. ¿Cuál ha sido? Ha sido el deseo de alcanzar la felicidad. Lo que sucede es que hoy están cuestionados los medios empleados en su búsqueda. Ya se ha superado el tiempo de la búsqueda de la felicidad a través del oro, de las sedas chinas o de los Ferraris. El camino empleado para alcanzarla no fue el adecuado porque se intentó a través de elementos materiales que no han logrado la satisfacción esperada.

Ser felices consiste en hacer que los demás se sientan mejor. La felicidad de una persona reside en lograr la felicidad de otras.

La felicidad es el mito común de la humanidad. Debe ser entendida como el estado más cercano a una plenitud que nos aleja de la insatisfacción que caracteriza al ser humano, incansablemente activo y curioso. La curiosidad infinita apoyada en los descubrimientos tecnológicos mueve al ser humano a seguir avanzando (como defiende el profesor Alfredo Alvar), pero este avance continuará más adecuadamente si, superados los mitos de la nación o la riqueza o el poder, la orientación se dirige hacia el logro de un estado general de beatitud o felicidad, no hacia un mero avance material y científico.

Aun cuando en el mundo existe una diversidad de patrones de comportamientos (culturas), es posible crear, por primera vez en la historia, un patrón de comportamiento común a nivel mundial. Las circunstancias lo permiten porque la comunicación es global y los mensajes llegan a todas las esquinas del planeta.

La justificación es evidente: se trata de asegurar el futuro de la especie humana. Hoy estamos en vías de crear una cultura común, no excluyente de la gran diversidad cultural humana. Ese patrón de comportamiento común está surgiendo de forma espontánea porque hemos sido conscientes del desvalimiento de las sociedades fragmentadas, que se creían invencibles.

La mejor vía para la enseñanza de un camino es el ejemplo, es ponerse el primero a caminar por él, de modo que bastaría un grupo de personas comprometidas para iniciar una gran transformación.

Una solución preventiva global que advierta de los riesgos futuros del ser humano puede venir de la mano de una cultura común –valores comunes y comportamientos afines, además del mantenimiento de la diversidad que es posible y necesaria para nutrir aquella-. Muchas personas son ya hoy, productoras de mitos, de sentimientos y de ideas,

de música y de movimientos, de imágenes, de sensaciones y de conocimientos técnicos, elementos indispensables para generar esa cultura común. Otras personas serán espectadores, tan necesarios para que aquellos puedan crear y producir en las artes y en las ciencias. No todos tienen que entrar en esta construcción, ni todos tienen el papel de chamán o artista. Ni tampoco todos van a creerse el nuevo mito, como tampoco todos entraron en el juego de creerse mitos anteriores. La libertad debe presidir este actuar.

Actualmente hay sentimientos y elementos culturales universales como pueden ser el amor, la sonrisa y la música. Si el “Himno de la Alegría” ya une a muchas gentes del mundo occidental para ser mejores, sólo falta añadirle el amor y la sonrisa en el actuar cotidiano para unir a casi toda la humanidad.

El amor real y comprometido, aderezado con el optimismo y las artes, puede ser un elemento de cohesión que se irradie por los cinco continentes para crear una defensa común de nuestra especie que, bien arraigada, formará una cultura común.

Comprendo que la idea puede parecer naif o romántica y casi propia de planteamientos filosóficos superados como los de Platón. Pero necesitamos compartir ideas comunes para sobrevivir, que inspiren nuestras decisiones.

El liderazgo lo ejercerán adecuadamente quienes abanderan el mito/verdad más global. En este confinamiento que sufrimos, existe otro lazo que a nivel local se está mostrando eficaz: el familiar. Ese mismo lazo de unidad llevado desde la familia a todo el género humano es el que debe triunfar. ¿Qué caracteriza a la familia? - La generosidad. Será necesario, pues, darle su verdadero valor.

Desde muy antiguo se ha soñado con alcanzar la felicidad. Hoy ya no se trata únicamente de soñar. Sueñan los androides... y más aún sueñan los seres humanos. Ahora se trata de establecer la búsqueda de la felicidad como objetivo real de toda la especie. Se trata de unir a la especie en torno a una idea común que sirve para cooperar juntos, añadiendo comportamientos de actuación presididos por la austeridad y la moderación. No es necesario seguir acaparando hasta poder dar a todas las personas una renta básica o un salario sin trabajar, porque ello tiene además consecuencias peligrosas; entre otras se genera una alienación en los individuos porque se elimina la necesidad de pensar o la de esforzarse. Hoy las máquinas ya toman decisiones por nosotros y esto puede llevar a alcanzar la distopía que describe José María Lassalle en su “Ciberleviatán”, consistente en que los algoritmos pensarán y decidirán por las personas. Es otra manera de generar un enemigo global para el ser humano.

La generosidad en libertad es el medio para alcanzar la felicidad, mito común y global de la especie humana que asegura su supervivencia. Si este lema logra ser universal y las necesidades básicas de toda la población están cubiertas, aunque en el futuro aparezcan enemigos globales, existirán garantías suficientes para la continuación del protagonismo del homo sapiens en el mundo.

Miguel Ángel Recio Crespo,

Gestor cultural y mediador.

Administrador Civil del Estado.

Madrid, 11/4/2020.-

El coronavirus solo permite los abrazos del alma

A la memoria de mi cuñado Carlos López- Perea, víctima del coronavirus

Como saben, la característica que hace especialmente peligroso al coronavirus es su enorme capacidad de contagio, que tiene al pueblo español confinado en sus domicilios y con las severas advertencias de evitar el contacto físico y mantener una prudente distancia de seguridad con los afectados.

Además de en la salud y en la economía, la pandemia está teniendo también una incidencia muy relevante en la salud del alma, tanto en la del enfermo como en la de sus familiares y allegados. En efecto, los psicólogos han resaltado la importancia que tiene el hecho del contacto humano. Como ha señalado Valeria Sabater (en Lamenteesmaravillosa.com) la "necesidad de tocar y ser tocados es mucho más que una necesidad biológica. Es parte de nuestro lenguaje, es nutrir necesidades emocionales y validar el afecto, apagar los miedos y regalarnos oxitocina". Por eso añade que "dejar que todo esto nos falte, generará no solo hambre de piel, sino que hará que se eleve el estrés y se incremente incluso el malestar físico".

Pues bien, si "tocar y ser tocados" es importante para la vida "normal", imagínense el relieve que adquiere cuando al que no se puede tocar, al que no se puede abrazar, del que hay que alejarse, es un miembro de la familia que está pasando por el doloroso trance de soportar individual y aisladamente los efectos del virus contagioso. Y esto es lo que está provocando el coronavirus: impedir que los miembros de las familias contagiadas se nutran de la necesidad emocional de tocar y ser tocados.

En el acto de abrazar, que es una de las acciones principales en la que se traduce la necesidad humana del contacto físico, hay dos elementos: ceñirse mutuamente con los brazos y la razón a la que responde esa "señal de cariño". Importa, por tanto, el gesto en sí de que dos personas estrechen sus torsos haciendo pasar sus respectivos brazos por sus espaldas; pero interesa también qué se esconde tras él, circunstancia ésta que para ser desentrañada no queda más remedio que situarse en el delicado terreno de las intenciones de los abrazantes.

Hay casos en los que la relación entre el abrazante y el abrazo explica con facilidad el sentido del abrazo. Es lo que sucede cuando existen sentimientos entre los dos que se abrazan. En estos casos, en la acción material de ceñirse mutuamente los brazos hay un mensaje que puede ser tan variado como lo son los sentimientos del ser humano. El abrazo se convierte entonces en un gesto plurivalente. Si los sentimientos son las impresiones que causan en el alma las cosas espirituales, el abrazo puede responder al amor, la amistad, el cariño, el miedo, el dolor, la tristeza, la alegría, etc. Y precisamente

porque los sentimientos admiten grados de intensidad, el abrazo que responde a cada uno de ellos varía en función de su propia vehemencia.

Pero cuando el deseo de abrazar y de ser abrazado se enmarca, como nos sucede en esta alevosa pandemia, en una situación de grave quebranto de la salud general entonces los sentimientos se potencian. Porque frente al deseo lógico de abrazar al ser querido enfermo se alzan las instrucciones sanitarias que, por el bien de la generalidad, desaconsejan no ya estrechar los cuerpos mutuamente, sino incluso acercarse a una distancia que no sea prudencial.

Pues bien, queridos lectores, esto está sucediendo cada día. La nefasta pandemia está produciendo un efecto que no conviene olvidar: mantiene alejados de sus seres queridos a los que sufren la enfermedad y precisamente en los momentos en los ellos que más necesitaban sus abrazos y sus caricias.

Solo se permiten los abrazos del alma, que no son tan fáciles de dar como los abrazos del cuerpo. Las miradas y las palabras son las vías más idóneas para dar los abrazos con el alma y hacerle sentir a nuestros enfermos aislados todo lo que los queremos y valoramos. La importancia de abrazar con el alma asume, a veces, una importancia esencial porque es lo único que ha podido llevarse el enfermo, cuando entró, para no volver, en la tenebrosa soledad de la que no se vuelve.

José Manuel Otero Lastres

Senior Advisor en Broseta Abogados.

Socio Fundador del Bufete Otero Lastres.

Catedrático de Derecho Mercantil de la Universidad de Alcalá de Henares

Publicado por primera vez en [La Opinión A Coruña](#)

Madrid, 28/3/2020.-